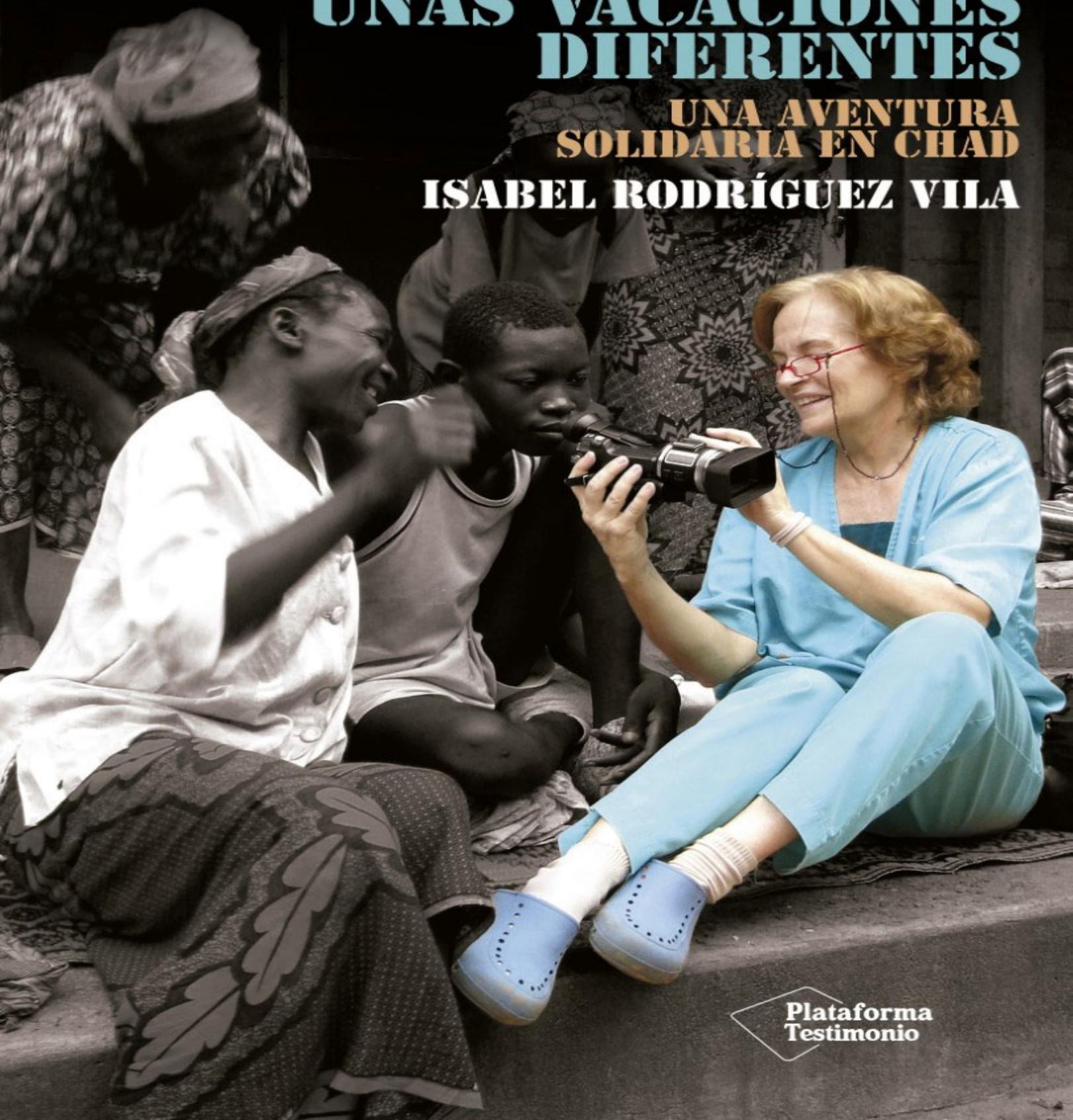


GOUNDI

UNAS VACACIONES
DIFERENTES

UNA AVENTURA
SOLIDARIA EN CHAD

ISABEL RODRÍGUEZ VILA



Plataforma
Testimonio

Goundi

Unas vacaciones diferentes

Isabel Rodríguez Vila



Primera edición digital: noviembre de 2020

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-18285-79-0

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Dedicado con todo mi amor a Pepín, Mario, Adriana y Arnau, a quienes más quiero en este mundo. Sin jamás olvidarme de Òscar y Roser a quienes más quiero en el otro.

Índice

Prólogo

Presentación

Preparativos

Llegada

La acogida

Primera urgencia

Calor sofocante

Otro ritmo de vida

Sed

Una noche especial

La difusión

Agua contaminada

Traumática intervención

Danza de iniciación

El mundo de la cooperación

Vuelo directo

Un domingo cualquiera

Pesimismo

Las curas

Una buena iniciativa

El contenedor

Pobres entre los pobres

Romper la rutina

De la radioafición a Internet

Proyectos

Por fin, la lluvia

Consapevolezza

Dolorosos contrastes

Simpáticos momentos

Solidaridad, paz y desarrollo

Ojos que ven y corazón que siente

Epílogo

Agradecimientos

Prólogo

La verdadera cooperación

JAVIER NART

Cónsul de Chad en Barcelona

Hace ya años que conozco a Isabel Rodríguez y su complemento, el doctor Mario Ubach (su marido).

En un inicio eran unas más de las algunas (no tantas) personas que pasaban por el Consulado de Chad en Barcelona solicitándome visado de entrada. Eran cooperantes, laicos y religiosos. De esa especie que vive la solidaridad como impulso interno, como ética, no como práctica profesional (que también, y mucho, hay).

Gentes con las que con el tiempo he ido desarrollando una relación de admiración y reconocimiento.

Son gentes que abandonan su comodidad española para trasladarse un año sí y otro también a un lugar donde el estándar medio de vida (español) es un lujo inalcanzable.

Y donde el «tirón» del exotismo se acaba en el momento de encontrarse en un medio duro, donde el ser y estar requiere de algo más que curiosidad y espíritu de «turismo filantrópico».

Así que Isabel contrajo un mal que resulta crónico, incurable: África.

África, sobre todo el África subsahariana, es un continente que no permite términos medios: o te atrapa o te expulsa.

El capital africano, el núcleo africano, no son sus monumentos ni su superestructura social: es su propia estructura humana, sus gentes que aceptan al otro si el otro llega sin reservas mentales, sin presupuestos y sin prejuicios ni prejuicios.

El trabajo que hace, que ha hecho y que seguirá haciendo Isabel es estratégico.

Porque más allá de curar, Isabel y Mario establecen, crean espacios de salud.

Porque siendo absolutamente necesaria la presencia de personal sanitario europeo, es también básico comprender que la única sanidad africana posible es la propia, la de ellos y por ellos. Que el fin de toda cooperación es desaparecer. Y que, en consecuencia, la única asistencia verdadera es la que crea una estructura en el lugar cuya única dependencia (lo más breve posible) será el apoyo material, porque ya no será necesario el de los cooperantes extranjeros.

El trabajo de Mario e Isabel (o de Isabel y Mario) traspasa los límites de lo inmediato para convertirse en una ayuda estratégica: en Chad están formando médicos y enfermeros chadianos.

Se podrá decir que otros médicos y enfermeros chadianos, muchos más, también se forman en universidades europeas como consecuencia de becas de cooperación que, con la mejor intención (así lo pienso), otorgan los gobiernos, los centros universitarios occidentales...

La gran tragedia es que una vez estos becados son titulados... no vuelven a África sino que se quedan en Europa.

Hay más médicos nigerianos en Londres que en Nigeria, y más universitarios chadianos en Francia que en Chad.

La responsabilidad no es simplemente nuestra, fundamentalmente es de los gobiernos locales que no crean las mínimas condiciones para atraer, para mantener, a sus propios titulados: diríjase la atención a la endémica corrupción de las administraciones africanas donde el conocimiento es secundario respecto al patronazgo o adscripción tribal o familiar.

Hay tantos corruptores como corruptos. Y las únicas víctimas son los pueblos enmudecidos por sus sátrapas, nuestros interlocutores.

Isabel, en sus «vacaciones diferentes», refiere mucho más que una experiencia solidaria.

Nos está hablando del qué y del porqué, de la razón y de la sinrazón del desarrollo y subdesarrollo africano.

Y de la esperanza, verdadera y no etérea, de que desde la verdadera cooperación un día, esperemos que no muy

lejano, ya no sean necesarias otras Isabeles ni otros Marios.

Presentación

JAUME BARBERÀ

Una mañana del mes de abril, recibí un correo electrónico de una buena amiga, Cristina.

Cristina había visto ya algunas ediciones del nuevo programa “Singulars”, que se emite por el Canal 33 de Televisió de Catalunya, y pensó que podría interesarme lo que hacía un matrimonio de Barcelona en el Chad.

De entrada, pensé que no era un caso único ni singular. De hecho, en Catalunya hay muchas personas que dedican unos días al año a colaborar con alguna ONG. Así es que, para no quedar mal, le pedí que me ampliara la información. No les voy a engañar, todos sabemos que cuando te piden eso, lo que en realidad te están diciendo es que no les interesa. Y me olvidé del tema.

Pero Cristina, que es muy aplicada y tenaz, no sólo hizo con mucha diligencia lo que le pedí, sino que también me narró lo que sentía y me mandó los enlaces correspondientes a la página web de *Misión y Desarrollo para Goundi*. Descubrí, entonces, la inmensa humanidad del doctor Ubach y la entrega de Isabel, una mujer capaz de cambiar de profesión para ayudar a los demás.

Me enamoré de los dos. Les hice una pre entrevista y les invité al programa al terminar, sin más. Me conmovieron. Me dieron toda una lección de humildad y solidaridad.

No sé, pero aquella charla con Mario y con Isabel me acompañó durante muchos días, y les dije a mis compañeros del programa que se prepararan, que íbamos a entrevistar a dos personas que no nos dejarían indiferentes.

Y así fue. Mario e Isabel llenaron el plató de humanidad. Tanto lo llenaron que, al final de la entrevista, decenas de personas quisieron saludarles y darles la mano. Créanme, eso no pasa a menudo en un plató de televisión.

Sabía que dos o tres días después partirían otra vez hacia Goundi y le comenté a Isabel que debería publicar lo que ya estaba escribiendo en la web.

Me alegro de que lo haya hecho.

Goundi, unas vacaciones diferentes les va a conmovier. Seguro.

Preparativos

Descubrí unas vacaciones diferentes en 1992, cuando fui con Mario, mi marido, al hospital de Goundi en Chad. Se trataba de pasar nuestras vacaciones cooperando voluntariamente en una misión jesuita.

África no me era extraña, había hecho bastantes pinitos como turista. Sin embargo, me sentía nerviosa y con curiosidad por descubrir un ámbito desconocido y apartado de la civilización, sin luz, sin agua corriente, sin confort; en fin, con un montón de «sines».

Preparar la maleta me creó un conflicto. ¿Qué llevar? Pasaporte, visado, cámara, diccionario de francés, repelente de insectos, algún libro (pero ¿tendría tiempo para leer?), mis cremas, tinte para el pelo, depilatorio... En dos meses podría estar canosa, peluda y bigotuda. Linterna, pilas de repuesto, conexión para baterías ya que no había corriente eléctrica, etcétera.

A medida que la maleta se llenaba, contaba los días que faltaban para salir hacia N'Djamena, su capital.

La emoción ante la partida aumentaba, deseosa de descubrir un modo de vida distinto del habitual.

Salimos vía París una mañana de julio, con dos mochilas en mano de 20 y 25 kilos respectivamente, el macuto de la cámara repleto de películas, carretes, 60 kilos para facturar y también muchos interrogantes.

En el avión olvidé pronto lo que dejaba atrás: una casa con dos hijos de 18 y 19 años (Adriana y Óscar) a los que dábamos la oportunidad de descubrir su autosuficiencia y saborear la libertad concedida. Quedaban atrás trabajo, familia, amigos, dos perros, ¡TODO!

Por delante se abrían un sinfín de posibilidades: descubrir lo desconocido, convivir con otra raza, ejercer una sanidad con apenas medios, conocer el mundo de misión, experimentar de cerca la vida religiosa. A su vez, muchas preguntas: ¿sería valiente?, ¿racista?, ¿tolerante?, ¿estaría capacitada?, ¿resistiría?, ¿enfermaría?

En el aeropuerto Charles de Gaulle, puerta de embarque 46, todos los pasajeros eran de color; nosotros destacábamos como turistas desubicados.

Se añadió al grupo una escuálida mujer de tez pálida con el pelo muy corto, sandalias y un sencillo vestido de algodón gris. Del cuello le colgaba una cinta con una pequeña cruz. Viajaba con un bolso y dos tubos alargados con la etiqueta *Fragile*. La catalogué como monja y no me equivoqué. Hablaba con un hombre de mediana edad, enérgicos movimientos y barba blanca, en el que destacaban sus enormes sandalias que mostraban unos pies grandes y descuidados. Les oí hablar de unos envíos y material escolar.

Poco antes del embarque apareció una recia mujer de color, ataviada con un floreado vestido largo ceñido al talle y pañuelo a juego enroscado en la cabeza, zapatos de altísimo tacón y exagerados pendientes de oro. Sostenía varias carpetas y un diminuto bolso, desproporcionado a su talla. Sería alguien importante, pues dos hombres bien trajeados de color salían a su encuentro con actitud protectora.

Me extrañó no ver niños, adolescentes o turistas entre nosotros. ¿Sería por el precio del billete? ¡Era carísimo! Sin conocer aún el país, sentada ante la puerta 46, pensé que Chad no iba a ser un lugar paradisíaco.

¡Listos para el embarque! Parecía que se abría la veda.

Todos se agolparon junto a la puerta a una velocidad vertiginosa, quizás temían perder el avión. Por megafonía repetían «las familias con niños primero» pero ¿qué niños? Todo el pasaje eran adultos, incluidos los dos misioneros y nosotros, que destacábamos por la baja estatura y por el color.

El autobús de la compañía, tras un largo safari, se aproximó a la escalerilla del avión. No se habían abierto aún las puertas completamente, cuando un hombre de enorme talla empujó una de ellas, la cual se abrió con estrépito y subió las escalerillas del avión corriendo, seguido por casi todos los demás.

Ruidos, voces, empujones, risas. La calma llegó cuando todos estuvimos con el cinturón abrochado. Tras el despegue y la cena, reinó la paz durante las siete horas del

vuelo. Me sumé a los que dormían hasta que el sol me despertó a través de la ventanilla.

¡Qué paisaje tan árido! La franja subsahariana dibujaba la orografía de un río seco entre las rocas, cañones colosales de estrechas gargantas, kilómetros y kilómetros de extensión de tierra cuarteada. Sentí calor con sólo mirar.

Acercándonos a N'Djamena, el río Chari brillaba con destellos plateados entre la arena. En sus orillas, se dibujaban tímidamente campos sembrados, árboles grandes de un verde oscuro y mucha vegetación. El caudal del río se ensanchaba durante el descenso, sobrevolábamos casas de sencilla construcción alineadas por *quartiers* (barrios), alguna calle asfaltada por la que circulaban camiones destartados, ganado o niños que corrían.

Tímidos aplausos confirmaron un buen aterrizaje. Bajando por la escalerilla, sentí un intenso calor en cabeza y hombros. ¿Lo desprenderá el motor?, me pregunté.

La realidad fue otra pues dicha sensación duró toda nuestra estancia en Chad.

Atravesar la pista a pie acarreando el equipaje de mano a 39 grados centígrados, fue una proeza. Íbamos dirigidos en fila india hacia el único edificio con cristales entre un hangar deteriorado y un gran almacén lleno de fardos y grandes paquetes. Iba a fotografiarlo cuando oí: «*Non, madame, c'est interdit*» (no, señora, está prohibido).

Mis ganas de hacer fotos aumentaban al ver el descontrol en la sala de *Arrivées*. Apretones de manos, chilabas